

ESTABLECIMIENTOS DE HABITACIÓN AL AIRE LIBRE. LOS FONDOS DE CABAÑA DE MORFOLOGÍA TUMULAR: CARACTERÍSTICAS, PROCESO DE FORMACIÓN Y CRONOLOGÍA

Resumen: En este artículo se describen una serie de estructuras de tipo tumular, que si aparentemente pudieran recordar a las estructuras funerarias clásicas se alejan de éstas por su morfología, composición, funcionalidad y cronología. Los trabajos de prospección realizados durante los últimos años en la Sierra de Aralar (Gipuzkoa) han permitido localizar medio centenar de estas estructuras tumulares, así como abrir nuevos campos de investigación en torno a la vivienda temporal de los grupos pastoriles en las zonas de montaña.

Palabras-clave: País Vasco. Sierra de Aralar. Habitación pastoril. Estructura tumular. Fondos de cabaña. Edad Media. Edad Moderna.

Recibido: 02/06/2005

Informe: 26/09/2005

Versión definitiva: 12/12/2005

Abstract: In this article some tumular structures are described. Although their surface seems a megalithic funeral structure, they cannot be confused with them, as their morphology, composition, functionality and chronology differ. The prospecting works carried out in the mountain range of Aralar, made possible the discovery of about fifty structures with the aforementioned features. It also made possible to acquire a deeper knowledge of the shepherd's seasonal dwellings in the mountain areas.

Key words: Basque Country. Sierra of Aralar (mountain range of Aralar). Shepherd's dwellings. Tumular structure. Hut foundations. Middle Ages. Early Modern Ages.

1. INTRODUCCIÓN

La Sierra de Aralar se sitúa a caballo entre los territorios de Navarra y Gipuzkoa, en plena divisoria de aguas entre el Mediterráneo y el Cantábrico. El paisaje presenta un relieve muy sinuoso, caracterizado en algunas zonas por la típica complejidad estructural de los macizos cársticos. Su altitud oscila entre los 700 y los 1.400 m de altitud, y queda delimitado, en cierta manera, por fondos de valle situados en torno a los 150 m de altitud por los lados norte y occidental, y a unos 600 por los del lado meridional. Un sector de la parte superior está ocupado por una amplia y ondulada meseta dominada por extensos pastizales de altura, especialmente en la vertiente norte o guipuzcoana; abundan también las zonas de pasto junto a complejas formaciones de lapiaz y densos bosques, concentrados sobre todo en la periferia y en su vertiente meridional. Este territorio no se ve afectado por las principales redes de comunicación actuales, aunque existe una red de pistas forestales de uso restringido.

A lo largo de la última década se han venido realizando trabajos de prospección arqueológica intensiva en el sector occidental y noroccidental de la zona guipuzcoana de esta Sierra de Aralar, en los términos de Enirio, Uelagoena, Zarragoena, Pagabe, Alotza, Ataburu, etc.; terrenos

pertenecientes mayormente a la Mancomunidad de Enirio-Aralar o a los municipios adyacentes (Abaltzisketa, Amezketeta, Zaldibia,...). Estos trabajos, además de facilitar la gestión del Patrimonio, están encaminados a calibrar las características y evolución del paisaje y del poblamiento en ese singular macizo montañoso desde la más remota prehistoria hasta la actualidad¹. A pesar de las dificultades que supone la prospección de un área tan compleja se ha localizado un gran número de vestigios de origen antrópico que permiten comenzar a establecer de una manera provisional una serie de pautas de comportamiento referentes a las sucesivas ocupaciones humanas que se han dado en este territorio.

2. LA EVOLUCIÓN DEL POBLAMIENTO EN LA SIERRA DE ARALAR

Los primeros testimonios de la presencia humana en este sector de la Sierra proceden del nivel gravetiense de la cueva de Usategi (Ataun), situada en una de las zonas más bajas de la Sierra —a 460 m de altitud— y junto a uno de los puntos tradicionales de acceso a los pastos de altura. En otra cavidad cercana a la anterior (Pikandita —Ataun—), se constató su ocupación en los inicios del Holoceno, gracias a un arpón típicamente aziliense. Evidentemente existirán otros asentamientos, pero dado que la mayoría de ellos se ubican principalmente al aire libre su descubrimiento presenta en la actualidad importantes dificultades.

La información existente sobre los primeros pobladores de los medios de montaña en los territorios más próximos es también exigua y se reduce a los hallazgos de industrias del Paleolítico Medio y Superior de la Sierra de Urbasa (Barandiarán, I.; Vegas, J. I.: 1996) o a los más recientes, de cronología aziliense, realizados en el abrigo de Portugain, también en Urbasa (Cava, A.: 1986).

Tras esta serie de hallazgos aislados atribuibles al Pleistoceno y a la primera mitad del Holoceno, cuando realmente la ocupación de estas tierras se convierte en una constante palpable, es aproximadamente a partir de finales del IV milenio antes de Cristo, en fechas no calibradas. En este momento comienzan a construir los primeros dólmenes y se da un proceso de paulatina humanización del paisaje de montaña con esta serie de estructuras pétreas que immortalizan a sus constructores. Los grupos humanos que pueblan este entorno presentan un modo de vida basado en la economía productiva, que en esta área de montaña se fundamenta mayormente en la ganadería. El resultado más palpable de esta ocupación es la presencia de más de una veintena de dólmenes en el sector prospectado (Argarbi, Jentillarri, Arraztarangaña, Oidui I y II, Uelagoena Norte y Sur, Zearragoena, Ausokoi, etc.), la mayoría ya excavados a principios del pasado siglo xx² por T. de Aranzadi, J. M. Barandiarán y E. Eguren. Frente a este panorama más o menos rico son muy escasos los datos que disponemos sobre la vida cotidiana de sus constructores, a excepción de los proporcionados de forma indirecta por las ya referidas intervenciones arqueológicas, realizadas en las mencionadas

¹ Este artículo se circunscribe dentro de un proyecto de mayor envergadura que ha sido subvencionado por el Departamento de Montes y Medio Natural de la Diputación Foral de Gipuzkoa. En la actualidad hemos comenzado una fase de sondeos en algunas de las estructuras inventariadas con el fin de profundizar en esta cuestión, actividad que es financiada también por el Departamento de Cultura de la misma entidad.

² La memoria popular ha rodeado generalmente la existencia de estos dólmenes con múltiples leyendas,

atribuyendo su construcción a los «jentiles», una raza de seres salvajes dotados de una inmensa fuerza que residían en sus cercanías y que se enterraban en ellos; baste recordar la leyenda de la llegada de «Kixmi» y el dolmen de Jentillari. Son también numerosas las leyendas que apuntan hacia la existencia en su interior de grandes pellejos rellenos de oro, lo cual ha provocado que muchos de ellos se encuentren violados por buscadores de tesoros.

necrópolis, o a los resultados de las últimas prospecciones y sondeos (Esnaurreta, etc.). Esta falta de información sobre los asentamientos al aire libre es un problema generalizable, aunque en distinto grado, a todas las áreas geográficas de Europa occidental. Nosotros ya la habíamos constatado en otros cordales de montaña, próximos a la Sierra de Aralar y situados en la misma cuenca alta del río Oria (Kizkitza-Murumendi y Ataun-Idiazabal), en los que se ha realizado durante las dos últimas décadas una detallada investigación del fenómeno megalítico.

Los conocimientos sobre el hábitat en el País Vasco, como decíamos, son muy limitados, pero las excavaciones arqueológicas desarrolladas durante los últimos años han permitido comenzar a reconocer una serie de elementos y trabajos de acondicionamiento (hogares, agujeros de postes, preparación de suelos, etc.). A modo de ejemplo, sin pretender ser exhaustivos, podemos señalar la existencia de un suelo de cantos de caliza de reducido tamaño en el nivel magdaleniense de la cueva de Praile Aitz I —Deba— como una de las primeras pruebas del trabajo de acondicionamiento de un lugar de habitación (Peñalver, X.; Mujika, J. A.: 2003). También se ha señalado la existencia en el interior de la cueva de Iruaxpe de vestigios de una cabaña que fue construida durante el Calcolítico-Bronce (Llanos, A.; Urteaga, M.^a M.: 2003). Más tardías, posiblemente de época tardo antigua, serían los restos de una empalizada construida en el interior de la cueva de Amalda (Altuna, J. *et alii*: 1990, 27) o los restos fragmentarios de un suelo de arcilla y fragmentos de areniscas desmenuzadas y compactadas localizados en el interior de la iglesia de Santa María La Real de Zarautz (Ibañez, A.: 2003).

En el caso de los asentamientos al aire libre se constata el aprovechamiento de terrazas de río, constituidas por cantos rodados, a modo de suelo de habitación en el nivel Epipaleolítico de San Esteban de Laskoain —Tolosa— (Agirre, J.; Ibañez, A.: 1998) y durante el Bronce antiguo de Haltz-erreka (Etxegarate); y un «suelo» de cantos rodados de arenisca de cronología incierta, con restos acaso adscribibles a la Edad del Hierro, en el asentamiento al aire libre situado en el collado de Altamira (Azkoitia), desgraciadamente destruido en la actualidad (San José, S.: 2004). Paralelizable en cierto sentido podría ser el poblado Neolítico de Los Cascajos (Los Arcos —Navarra—) construido también sobre una terraza, pero la diversidad de sus estructuras y complejidad de funciones lo aleja de los establecimientos humanos de habitación que tratamos, representativos de un hábitat disperso. En el poblado de montaña calcolítico de Ilso Betaio se ha constatado la aportación de piedras de arenisca para constituir el suelo de al menos tres fondos de cabaña, más elevado en la zona central y con una ligera depresión central donde se localiza el hogar (Yarritu, M.^a J.; Gorrotxategi, X.: 1995).

Bajo estas premisas resultaba, en cierto modo, inevitable una aproximación a esta temática, tanto si queríamos completar los datos existentes sobre las sociedades prehistóricas megalíticas como si el objetivo era la profundización en el conocimiento del aprovechamiento de los recursos de montaña. De esta manera se consideró imprescindible llevar a cabo una prospección sistemática de la Sierra de Aralar, que se viene desarrollando con algunas interrupciones desde 1991, en las que se recogieran y valoraran no sólo un determinado tipo de estructuras aparentemente antiguas, sino todas las observadas con el fin de proceder a su sistematización con relación a criterios como su morfología, características constructivas, funcionalidad, cronología, etc. En esta área concreta cabía la posibilidad que se hubieran conservado restos de estas características, ya que pensábamos que estaría menos afectada por las agresivas actividades humanas que otras situadas a menor altitud. No está demás recordar que muchos de los entornos dolménicos, en concreto aquellos ubicados por debajo de los 650 m, están absolutamente antropizados por las actividades rurales propias de épocas históricas (campos cultivados y prados de caseríos, repoblaciones de coníferas, etc.).

A lo largo de este período de investigación se han podido constatar estructuras de diferente tipología, no solamente entre las construidas para funciones diversas, sino incluso entre aquellas que aparentemente han tenido el mismo uso. Estos cambios formales pensamos que pueden llegar a explicarse teniendo en cuenta diferentes factores que se interrelacionan entre sí: un distinto grado de intensidad de la actividad humana allí desarrollada en cada período histórico; una cierta evolución de las costumbres en base a las circunstancias de cada época (mayor o menor abundancia de materias primas, niveles de conflictividad por el aprovechamiento de los recursos, etc.); una modificación del emplazamiento elegido para esos establecimientos a lo largo del tiempo (desde zonas despejadas a rellanos en ladera o a fondo de dolinas y depresiones como hoy en día), etc. Es necesario reseñar que si bien la actividad pastoril a nivel de vestigios constructivos es la que ha dejado una mayor impronta en la Sierra, otras actividades menos generalizadas también nos han legado sus indicios y estructuras detectables mediante una simple prospección visual del terreno (minería, explotación forestal, etc.).

3. LA CUESTIÓN DE LOS TÚMULOS

En un artículo recientemente publicado ya profundizamos en referencia a la cuestión de los túmulos, sus tipologías y las diferentes problemáticas asociadas a los mismos (Moraza, A. *et alii*: 2003), si bien es necesario ofrecer unas sencillas pinceladas al respecto.

Resulta sumamente paradójico el escaso tratamiento bibliográfico que han tenido unas estructuras tumulares como las que aquí se traen a la palestra, más aún si tenemos en cuenta la similitud de las mismas respecto a otros fenómenos de tipo funerario como los dólmenes, con los que comparten una misma apariencia y ubicación. Estas coincidencias y paralelismos no han hecho sino complicar el panorama a la hora de efectuar su distinción, provocando las lógicas confusiones entre ambos fenómenos. En ocasiones bajo la denominación del término de túmulos se oculta una variada tipología de realidades, arqueológicas o no, que nada tienen que ver con el fenómeno funerario, pudiendo adscribirse en ella elementos muy diferentes: caballones de soliflucción; afloramientos más o menos enmascarados, hornos, etc.

Esta cierta indefinición ha provocado que, al menos en lo que se refiere a la Sierra de Aralar, varios de estos fondos de chabola tumulares se hayan clasificado de una forma errónea como si fueran túmulos prehistóricos de carácter funerario, y por tanto incluidos en la Carta Arqueológica de Gipuzkoa (Altuna, J. *et alii*: 1990). Este es el caso de al menos siete de esos elementos, a los que denomina como Ontzanburu, Pagabe I-II y Pontoa I-IV; una lista que puede ampliarse aún más con la también errónea clasificación de otros elementos, que realmente responden a otra tipología constructiva diferente a las que aquí estamos tratando o que simplemente carecen presumiblemente de carácter arqueológico, como las supuestas estructuras tumulares prehistóricas de Txotxeta, Erremedio e Igaratza, o los cromlechs de Beaskin e Igaratza II.

Un proceso similar al aquí descrito se ha llevado a cabo recientemente en el vecino territorio vizcaíno, y más específicamente en la comarca de Urdaibai. Un trabajo destinado fundamentalmente a establecer criterios para determinar el carácter dolménico de algunas estructuras de aspecto tumular (López, J. C. *et alii*: 2003).

Una de las primeras intervenciones arqueológicas en estructuras tumulares no funerarias de las que se tiene constancia fue realizada por J. M. Barandiaran y sus compañeros en torno a 1919, coincidiendo precisamente con los trabajos desarrollados en la zona de Aralar. La explicación dada al origen de esas estructuras tumulares por esos investigadores difiere sustancialmente



FOTO 1. Dos de los túmulos de Pontoa, en los cuales se observa la diferencia de tamaño de ambos elementos

de la que nosotros proponemos: «En la pendiente hacia Ubedi excavamos el galgal con césped, pero no encontramos más que ceniza en el fondo, probablemente originada por la cremación de cadáveres de animales en tiempos de epizootia» (Aranzadi, T. et alii: 1919, 31, nota 1). En otro párrafo nos relatan otra intervención realizada en la zona de Oidui y en la que se señala textualmente que «hicieron la excavación de uno de estos túmulos, y en concreto uno situado en la zona de Supitaitz sin localizar resto de interés alguno y descartado claramente el carácter dolménico de la estructura en cuestión» (Idem, 25). Los datos disponibles tanto sobre ambas excavaciones como sobre las características específicas de esas estructuras tumulares (en caso de serlo) son totalmente insuficientes para interpretar los resultados obtenidos de una forma u otra, si bien *a priori* caben amplias posibilidades que nos encontrásemos ante una de estos fondos de cabaña tumulares como los que estamos tratando en el primero de los casos, y ante una estructura tumular arcillosa (tipo A1 en la clasificación que posteriormente realizamos) en el segundo de los casos.

A este concreto nivel no deja de ser llamativo que, salvo alguna intervención esporádica como las arriba descritas, estos investigadores en ningún momento tomaron en consideración estas estructuras tumulares, a pesar de encontrarse algunas de ellas a escasos metros de dólmenes en los que estuvieron trabajando y ser, por otra parte, perfectamente identificables sobre el terreno (Fot. 1). Este concreto aspecto no solamente se circunscribe a los trabajos llevados a cabo por los tres investigadores en la Sierra de Aralar, sino que cuando a lo largo del período transcurrido entre 1915 y 1923 procedieran a inventariar e investigar por primera vez los mo-

numentos megalíticos de otros entornos montañosos similares a los de Aralar, y donde también se han podido identificar estructuras tumulares, tampoco se refieran a las mismas (Aizkorri, Alzania, Urbasa o Entzia)³.

A finales de los años setenta un grupo de investigadores alaveses comenzaron a realizar un cierto acercamiento a esta temática gracias a sus prospecciones en diversas sierras de la zona (Guibijo, Badaia, Entzia, Bóveda). En ese trabajo, sin embargo, se llegaba finalmente a la equiparación de estas estructuras tumulares a los dólmenes situados en sus cercanías, a los que unía esa similitud formal y de localización en un mismo medio geográfico; adscribiéndolos cronológicamente a un mismo momento histórico, entre la Edad del Bronce-Hierro (Ciprés, A. *et alii*: 1978, 122).

Pocos años más tarde, I. Barandiarán y J. I. Vegas retomarán la problemática con mayor profundidad como resultado de los trabajos de investigación desarrollados en las Sierras de Entzia y Urbasa. Estos investigadores al referirse al fenómeno tumular de esos macizos montañosos planteaban ya una primera y acertada clasificación de estas estructuras, la cual se sintetizaba de la siguiente manera:

«Los campos tumulares agrupan evidencias similares —en general— en estructura externa pero diferentes en su contenido y significación: algunos de los túmulos formaban parte de un monumento dolménico (rodeando y cubriendo a la cámara funeraria), más o menos desmantelado; otros constituían por sí mismo una estructura funeraria propia; habiendo otros que representan restos (prehistóricos o más recientes) de construcciones de habitación o de depósito o hasta amontonamientos (morcueros) de piedras extraídas de las zonas cultivadas. También se conocen casos cuya formación parece se ha efectuado de manera natural y hemos encontrado en Itaida uno que resultó ser una formación rocosa perfectamente natural y con una forma de casquete esférico perfecta. De manera general podemos decir que la atribución arqueológica no puede realizarse por su aspecto externo» (Barandiarán, I; Vegas, J. I.: 1990, 295).

Este tipo de estructuras también ha sido identificado y parcialmente estudiado en los pastos de montaña de la vertiente norte del Pirineo Occidental (Iparralde), aunque sin llegar a sistematizarlas. Los trabajos de prospección realizados por J. Blot (1993, 31-37) le permitieron identificar cerca de 600 estructuras de esta tipología, que a veces forman pequeñas agrupaciones que llegan a alcanzar la veintena de elementos, con unas dimensiones variables, pero que oscilan entre los 7-18 m de diámetro y 1-2 de altura. Estas estructuras las interpreta claramente como fondos de chabola tumulares, e incluso propone la posible forma que pudieron presentar, que por cierto creemos muy plausible. Por otra parte, distingue dos tipos diferentes de estructuras en base a su planta, unas de forma más ovalada que se concentran en la zona de Baxenafarroa y otras de forma más circular que abundan especialmente en Zuberoa. No se aventura a atribuir una cronología por la falta de intervenciones arqueológicas sobre las mismas, señalando únicamente su prolongada perduración y uso entre los pastores de la zona.

Más recientemente, y bajo la coordinación de M.^a M. Urteaga, se ha realizado una intensa labor de prospección arqueológica sobre otra de las zonas tradicionalmente pastoriles, los prados de Urbia en Aizkorri. Esta sierra guarda enormes similitudes con Aralar, de ahí que los resultados allí obtenidos puedan contribuir a contextualizar los elementos que aquí se traen a colación. Los trabajos de inventario realizados entre los años 1988 y 1991 permitieron localizar más de una veintena

³ A modo de ejemplo baste mencionar el caso del conjunto de Pontoa compuesto por cuatro estructuras tumulares, alguna de las cuales supera los dos metros de altura, y que se encuentran a escasamente unos 250 m de los dólmenes de Uelagoena Norte y Sur, o el conjun-

to de túmulos de Uelagoena Behealdea que distan menos de 40 m de esos mismos dólmenes. Ya en ese momento es evidente que estos investigadores tenían claro que las estructuras que nos ocupan no estaban en modo alguno ligadas al mundo funerario dolménico.

de estructuras tumulares de unas características que recuerdan a las que actualmente nos ocupan. Algunas de ellas forman conjuntos de 6 ó 7 túmulos (agrupaciones de Ahakela, Iturtxulo, Urbia), pero presentan también algunas diferencias respecto a las estructuras localizadas en Aralar. Estos túmulos estaban formados mayormente de tierra, apareciendo en algunos casos abundantes restos de carbón vegetal y huesos calcinados. En las catas realizadas se pudieron recoger además fragmentos de cerámica de muy diversas formas y cronologías, lascas de sílex y hasta algunas piezas metálicas. Sus dimensiones eran asimismo bastante variadas, oscilando entre los 3,50 y los 12 m y con una altura de 0,50-1,75 m (Urteaga, M. M.^a: 1989; Gandiaga, B. *et alii*, 1989; Ugalde, Tx. *et alii*, 1992).

En un reciente artículo publicado por Llanos y Urteaga sobre el pastoreo en época prehistórica se hacía referencia, en concreto, a los trabajos realizados en ese entorno de Urbia y a su posible crono-tipología. Los autores aludían a este tipo de túmulos prestando especial atención a la intervención arqueológica efectuada en uno de ellos, sobre el que se señalaba que «*a la vista de los ajuares obtenidos en la excavación del túmulo de Ahakela, especialmente los objetos metálicos, se plantea el uso funerario de los mismos, vinculado a enterramientos socialmente destacados*». Asociándolo culturalmente a un período prehistórico, Bronce Medio-Hierro, aunque parece, según señalan los autores, que en momentos posteriores el elemento fue removido y violado (siglos xv-xvii) (Llanos, A.; Urteaga, M.^a M.: 2002, 90). No se ofrece información sobre el resto de elementos de esta tipología allí existentes, desconociendo si todos ellos, o al menos una parte, tenían otra función distinta de la descrita.

Con ocasión de la reciente publicación de otras estructuras tumulares del tipo mota, localizadas y excavadas en el territorio guipuzcoano, ya realizamos una primera aproximación a la temática global de las estructuras tumulares que ahora nos ocupa (Moraza, A. *et alii*: 2003). En esa ocasión se procedió a efectuar una inicial descripción y sistematización de este tipo de elementos, estableciendo la existencia de al menos tres modalidades diferentes de estructuras tumulares que se diferencian claramente de las tradicionales de tipo funerario. Esta vez, continuando en esa línea de trabajo, tratamos de definir otra serie de estructuras que aparentemente presentan cierta similitud:

- Tipo A1. Son estructuras tumulares que presentan una forma un tanto irregular, ligeramente ovoide. Presentan una composición básicamente arcillosa, la cual ha sido extraída del terreno circundante. Están dispuestas mayormente a media ladera formando pequeños aterrazamientos contra la pendiente, de la cual les separa un pequeño socavón. En ellas no se han podido observar indicios de rubefacción, ni concentraciones de materia orgánica, ni tampoco vestigios de interés desde el punto de vista arqueológico. Sus dimensiones son, por lo general, bastante reducidas, con una media de unos 30-40 cm de altura. Su función es, por el momento, totalmente desconocida, pudiendo relacionarse con algún tipo de refugio simple para el ganado, o quizás para personas que acudiesen al lugar a practicar algún tipo de actividad recolectora (helecho, etc.). En la Sierra de Aralar se han identificado varios ejemplos de este tipo de estructuras, especialmente concentrados por el momento en las zonas de Lareo y Oidui-Supitaitz.
- Tipo A2. Son estructuras tumulares también predominantemente arcillosas, que presentan una forma ovalada, a veces adosadas a zonas de lapiaz. Algunos de estos posiblemente son establecimientos similares a los que nosotros hemos denominado tipo B, pero la diferencia fundamental respecto de ellos sería su composición. En este último caso son muy abundantes los cantitos, al contrario que en el grupo A. En esta variante tendrían cabida los ejemplares descritos en las intervenciones realizadas en la Sierra de Aizkorri (Elola, Zoileku, etc., cf. Urteaga, M.^a M.: 1989) e incluso los constatados en otros casos como Urbasa, o los descritos por J. M. Barandiaran (1972).

- Tipo B1. El segundo grupo de estructuras presenta una forma bastante uniforme a modo de túmulos de tamaño variable (a veces incluso grande) y de apariencia semiesférica. Están ejecutados mayormente mediante un gran número de cantitos de piedra (dimensión máxima <15 cm) entre los que se intercala una tierra de matriz oscura con abundante materia orgánica (carbón, huesos, etc.). Sus dimensiones, plantas, localización y demás características se desarrollarán posteriormente con mayor amplitud al tratar más específicamente de las mismas.
- Tipo B2. Vinculadas desde el punto de vista funcional con las anteriores existen otra serie de estructuras tumulares que presentan una forma tendente a ovalada, e incluso subcircular, aunque en ocasiones adopta una forma con apariencia de plataforma. A diferencia de lo observado en las estructuras anteriores, enmascarados bajo el tepe superficial se aprecian, en algún caso, alguno de sus lados con un trazado rectilíneo mediante la alineación de una serie de bloques de piedra. Sus dimensiones son, por lo general, reducidas, de en torno a 2-3 metros.
- Tipo C. El tercer grupo está compuesto por unas estructuras tumulares que definiremos como de tipo mota y que presentan entre si diversos puntos en común: unas dimensiones importantes (superiores a la quincena de metros y al metro de altura); una planta aproximadamente ovoide; en su parte superior disponen de una especie de plataforma horizontal; están construidas, casi exclusivamente, acumulando las tierras y arcillas situadas en sus inmediaciones; se localizan en altitudes bajas; y finalmente se encuentran situadas en las proximidades de sendas villas de fundación medieval (Segura y Ordizia). Por el momento solamente se han podido identificar dos ejemplos claros de este tipo de estructuras en territorio guipuzcoano (Txoritegi en Zerain y Galardi en Ordizia/Beasain). En ambas motas se han practicado intervenciones arqueológicas que han ofrecido una cronología claramente bajo-medieval. Este tipo de estructuras aparece sumamente documentado en otros parajes europeos, incluso en el entorno pirenaico, si bien por el momento dentro de la Península Ibérica su presencia resulta ser más esporádica (Moraza, A.; Moro, I.; Mujika, J. A.: 1995).

4. LOS FONDOS DE CABAÑA DE MORFOLOGÍA TUMULAR: SUS CARACTERÍSTICAS FORMALES Y ESTRUCTURALES

La actividad prospectora realizada en la Sierra de Aralar a lo largo de estos años ha permitido profundizar sobre la temática de las estructuras tumulares, y más especialmente en torno al anteriormente denominado como Tipo B1. Una tipología que, *a priori*, puede interpretarse como perteneciente a fondos de cabaña tumulares. Los trabajos desarrollados han permitido localizar hasta el momento más de medio centenar de ejemplares en toda la Sierra, habiéndose realizado en tres de ellos intervenciones arqueológicas de limitadas proporciones (Oidui 16, Esnaurreta 21 y Arrubi 3). Estas estructuras presentan una serie de características comunes entre si, que les diferencian nítidamente de las tradicionales de carácter funerario, con las que más habitualmente han sido confundidas (composición, dimensiones, etc.).

En líneas generales estas estructuras presentan una forma bastante uniforme, a modo de túmulos de tamaño variable, a veces muy grandes, como si de casquetes semiesféricos se tratara. En su parte superior, normalmente, están rematados por una especie de pequeña plataforma subhorizontal, o sino existe junto a ella un rellano natural. En otras ocasiones esta zona superior se halla alterada por los procesos erosivos naturales que lo han ido deformando, aguzando ligeramente su forma.

Otro aspecto reseñable es el referido a su planta, la cual varía en función del emplazamiento específico donde se localizan. De este modo, en los casos en que estas estructuras se encuentren aisladas adoptan normalmente una forma circular u ovalada, mientras que cuando se apoyan sobre el lapiaz, salientes de la ladera, pequeños montículos naturales, etc. tienden a ser semicirculares o semiovaladas. En este último caso estas formaciones naturales no hacen sino realzar aún más su forma. De todas maneras, los procesos erosivos originados por distintas causas han actuado de forma importante en la definición de sus plantas, especialmente en las dispuestas al borde de pendientes más o menos acusadas por lo que han sufrido importantes deformaciones en su forma y silueta, extendiendo la matriz de tierra oscura y los cantitos sobre una zona más amplia que la ocupada originalmente por la propia estructura.

En lo que se refiere a la composición de los túmulos, hay que señalar que está formada por una matriz de tierra muy suelta y oscura, de una coloración casi negra, que por norma general, cuando se profundiza unos 25 cm, presenta una importante concentración de carbones de pequeño tamaño, acompañados ocasionalmente de huesos carbonizados. Estos elementos rellenan el espacio existente entre los abundantísimos cantitos de piedra de reducidas dimensiones (entre 5 y 15 cm). Este cascajo procede del entorno más próximo, pero dudamos que todo él sea resultado de una simple recogida superficial puesto que actualmente éste no es visible en superficie. Proponemos, a modo de hipótesis, que buena parte de él es el resultado de haber sido desmenuzado de una manera intencionada mediante un instrumento contundente (por ejemplo una porra), hasta conseguir el tamaño preciso, lo cual explicaría la agudeza de las aristas que presentan algunos de esos cantos. En ese sedimento se aprecian asimismo indicios claros de rubefacción sobre muchas de esas piedras, además de abundantes grumos arcillosos o pequeños trozos margosos enrojecidos, lo cual es solamente explicable por la acción directa de una intensa fuente de calor. Todo ello aparece actualmente cubierto por una fina capa de tepe de la que carecería cuando estaba en uso. Paradójicamente, y a pesar de la referida abundancia de material orgánico y el largo período transcurrido desde su abandono, ningún ejemplar se halla cubierto por vegetación arbustiva o similar (Fot. 2 y 3).

Los sondeos efectuados en las estructuras de Esnaurreta, Oidui o Arrubi, a pesar de no estar excavadas en su totalidad, parecen confirmar que esa matriz de tierra negra y abundante cascajo se mantiene homogénea en toda su extensión y potencia, sin que se puedan apreciar alteraciones o cambios sensibles en la misma. La única excepción es la mancha de ceniza documentada en el túmulo de Arrubi. Con anterioridad sólo disponíamos de la información proporcionada por la estructura tumular de Labaien, que presentaba un corte longitudinal creado al ser seccionada por el trazado de una pista forestal (Fot. 4). En ese corte parecía apreciarse una alternancia de tierra oscura con abundantes restos de carbón con tierra más arcillosa y sin indicios aparentes de rubefacción, que nosotros interpretamos de forma provisional (sin realizar ninguna intervención en dicho corte), como diferentes horizontes de ocupación. De todas maneras, los datos obtenidos en este túmulo hay que tomarlos con precaución puesto que existen elementos (ubicación a una menor altura, aparentemente menor presencia de cascajo, etc.) que lo diferencian ligeramente respecto del resto de estructuras tumulares aquí descritas.

A la hora de fijarnos en las dimensiones de estas estructuras tampoco existe uniformidad, variando éstas mucho de un ejemplar a otro y siendo realmente complicado establecer unas medias. El eje principal de los más pequeños oscila entre los 3-3,50 m y el de los mayores alcanza los 10-11. La altura presenta asimismo importantes diferencias entre unos y otros casos, pasando desde aquellos que apenas si sobresalen del terreno en muy pocos centímetros hasta otros ejemplares que llegan a alcanzar los 2-2,30 m. Entre los localizados hasta el momento los de mayor tamaño son: Labaien (Fot. 4), con las dudas ya señaladas, que alcanza un eje de más de 15 m y una altura en torno a los 3,50 m; Pontoa I que presenta un eje de unos 20 m y una altura de 2,40 (Fot. 1),



FOTO 2. *Túmulo de Arrubi, ubicado en una cresta existente entre dos depresiones*

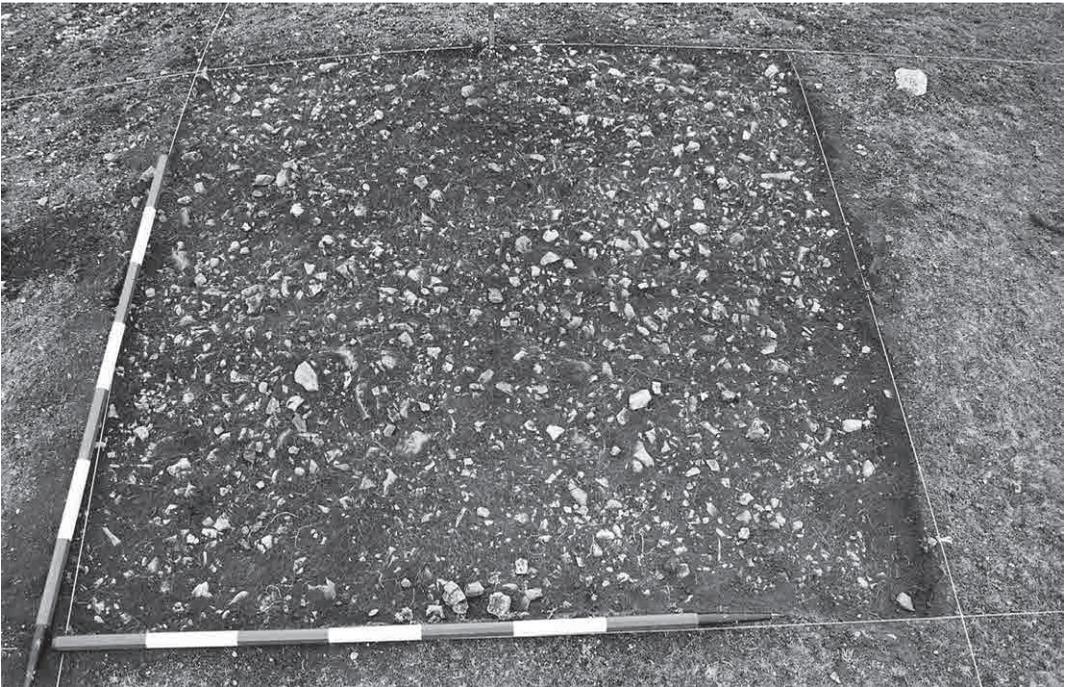


FOTO 3. *Túmulo de Arrubi: detalle de la primera capa del sondeo en la que se observa el abundante cascajo presente en estas estructuras*



Foto 4. *Túmulo de Labaien cortado por una pista*

y Aintzizegi 39 con 19×13 metros y una altura de 1,70 (Fot. 5). A pesar de ello hay que señalar que las intervenciones realizadas han permitido determinar que la altura real de estas estructuras era sensiblemente inferior a la que aparentemente se apreciaba a simple vista. En concreto, en ninguna de las tres estructuras estudiadas hasta ahora se ha llegado a superar el medio metro de potencia (Fot. 6).

En las dimensiones de estas estructuras influyen distintas variables, como el propio proceso de formación del túmulo o la intensidad de utilización de ese espacio. Debido a ello en este artículo únicamente se hace referencia a aquellos fondos de cabaña que han llegado a conformar una estructura tumular de cierta relevancia. Sabemos de antemano que serán numerosos los puntos en los que en el pasado fueron construidos este tipo de chabolas, o al menos en los que se inició el proceso propio de acumulación de tierra y piedras, que posteriormente derivará en esos túmulos. A pesar de ello en esos emplazamientos bien por haber sido utilizados de una forma breve, bien porque no se han construido siempre sobre un mismo punto (Ormatza, Pagabe, etc.), no llegaron a conformar un elemento arqueológico como el que actualmente se está tratando, y menos aún en condición de identificarlo al primer golpe de vista. En estrecha relación con lo señalado hay que apuntar que en el transcurso de las prospecciones realizadas se ha constatado con cierta frecuencia la existencia de áreas con importantes concentraciones de tierra muy oscura, abundantes cantitos y piedras enrojecidas por el fuego y de unas características idénticas a las de los anteriormente referidos túmulos (Bilingaratz, Arangoene, etc.). Esta constatación ha podido ser llevada a cabo gracias a un sistema un tanto atípico o anómalo, la tierra extraída por los topos (Fot. 7). En definitiva, sin una intervención arqueológica sobre estas áreas concretas, resulta *a priori* muy difícil calibrar las características y límites de estos asentamientos, aunque basándonos



FOTO 5. *Túmulo de Aintzizegi, ubicado en el contacto de la base de la ladera y la llanura existente en el fondo del vallecito. Directamente sobre él se ha construido una estructura con muretes de piedra seca. A un lado se aprecia un redil*



FOTO 6. *Detalle del corte del túmulo de Arrubi en el que se aprecia la escasa potencia de la estructura y el color oscuro del sedimento, y el abundante cascajo presente en toda su potencia*



FOTO 7. *Túmulo de Bilingaratz en el que se observan las tierras removidas por los topos en toda su periferia*

en esos indicios podemos presuponer que nos hallamos ante restos correspondientes a la fase inicial de formación de una nueva estructura tumular.

A la hora de prestar atención a la ubicación que presentan estas estructuras tumulares no existe tampoco una uniformidad. Se han documentado ejemplares en emplazamientos de muy diversa índole, adaptándose en cada caso concreto a las características propias del paraje seleccionado, sin que pueda hablarse de un modelo propiamente dicho:

- A media ladera, sobre un camino tradicional de acceso a la Sierra, y con una visibilidad limitada del entorno —Labaien, Esnaurreta, Arangoene, etc.— (Fot. 8a y b).
- En la base de un afloramiento con un amplio campo de visibilidad —Koaurre—.
- En el fondo de un valle de montaña o de un rellano de poca visibilidad —Oidui, Pontoa, etc.—.
- En depresiones profundas de visibilidad muy limitada desde el mismo —Gañeta, Etzaal, etc.— (Fot. 9).
- En zonas resguardadas o pequeñas depresiones cercanas a las cumbres con una visibilidad muy limitada (Uarrain) (Fot. 10).
- En cambios de rasante de collados y amplia visibilidad (Otolkor, Egurral, Zearragoena, Elutseta) (Fot. 11).



FOTO 8a. *Tímulo de Esnaurreta*



FOTO 8b. *Tímulo de Arangoene: construido en la ladera. Sobre él asoma la grava que constituye dicha estructura y que ha sido removida por los topos*



FOTO 9. *Túmulo de Gañeta a la izquierda de la fotografía y sobre él, pero a la derecha, un recinto rectangular —posible redil—*



FOTO 10. *Dos túmulos adosados de Urrain y un recinto que afecta a una de las estructuras*





FOTO 11. Túmulos construidos en zonas de gran visibilidad y con estructuras adosadas: Egurral (11), Eitzegi (11b), Elutseta (11c) y Pagabe Goikoa (11d)



FIGURA 1. *En primer plano una hipotética plataforma que se construiría en una zona en pendiente. Su altura inicial sería menor, pero como resultado de la frecuentación del lugar y las sucesivas remodelaciones o reconstrucciones iría incrementando su altura con el paso del tiempo (Ilustración de Jokín Tellería)*

Si atendemos a la ubicación específica de algunas de estas estructuras (en cambio de rasante, en ladera, etc.) se nos hace difícil reconstruir las características formales de las mismas, y sobre todo el modo de construir y retener la estructura tumular, dada la dificultad que supondría establecer una superficie más o menos horizontal en esos emplazamientos. Suponemos, puesto que carecemos de testimonios arqueológicos de ello, que la única manera de habilitar un espacio habitable sería mediante la realización de una especie de «caja» o barrera ejecutada con troncos o estacas que irían clavados verticalmente a modo de contrafuerte del terreno (Fig. 1 y 2). Una vez abandonada definitivamente la cabaña, el proceso de degradación natural de esa estructura lúnea tendría como consecuencia el derrumbe paulatino de la porción de túmulo que se apoyaba sobre esa barrera, des-parramándose ladera abajo⁴.

A diferencia de estas cuando las estructuras se sitúan en zonas llanas o subhorizontales, o cuando por efecto de la intensa y prolongada utilización del mismo emplazamiento se hubiese creado

⁴ Un sistema muy semejante al descrito se ha podido documentar también en la Sierra de Aralar con los trabajos realizados para habilitar en zonas de acusada pendiente las plataformas necesarias para establecer las carboneras, aunque en este último caso, por sus mayo-

res dimensiones se excava la ladera del monte y con las tierras extraídas se crea delante de ella una plataforma que es retenida mediante sencillos muretes de bloques de piedra en seco y no mediante una empalizada de madera.

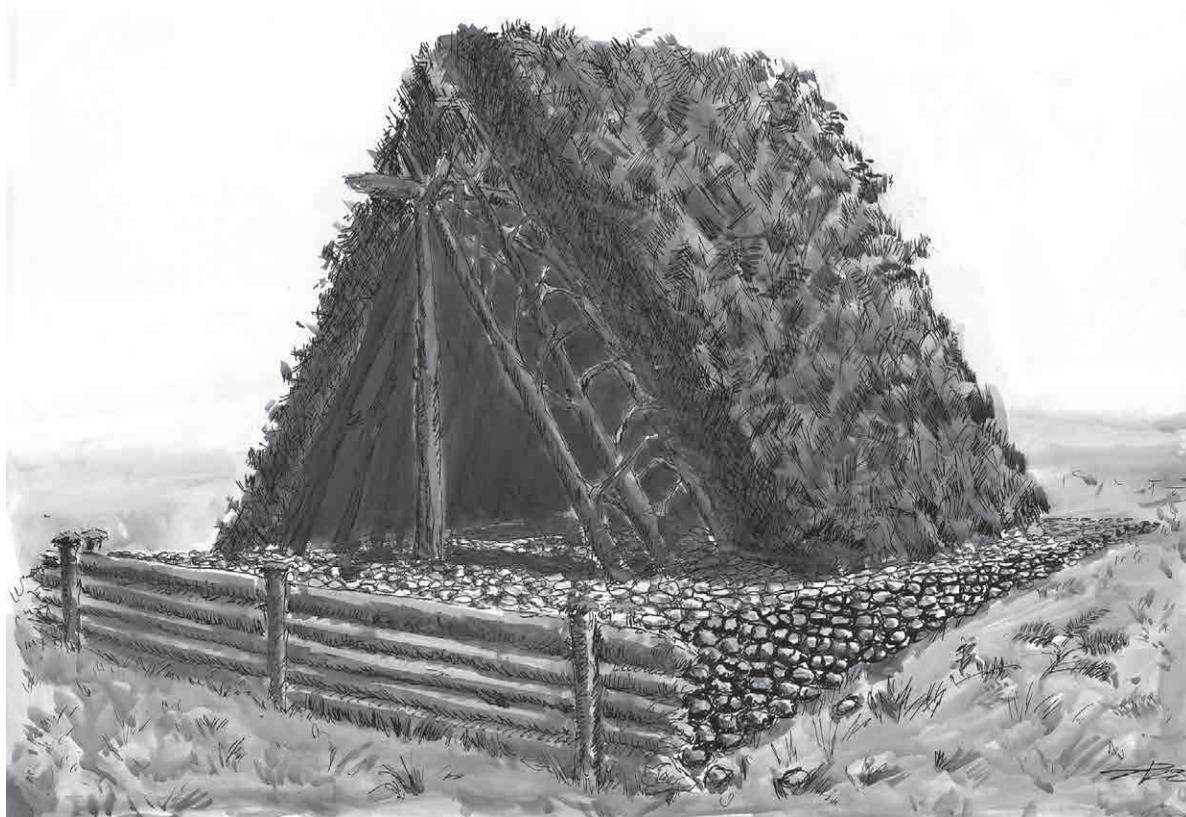


FIGURA 2. *Detalle de una cabaña construida con materiales vegetales sobre una plataforma de piedrecilla* (Ilustración de Jokin Telleria)

artificialmente una plataforma lo suficientemente amplia como para acoger las estructuras constructivas que acogían a los pastores, la situación sería muy distinta (Fot. 12). En estos casos no se haría necesario, presumiblemente, la ejecución de construcción alguna para contener esas estructuras (Etzaal, Etitze, etc.).

En este mismo sentido, hay que destacar, que al igual que existe una gran variedad de emplazamientos ocurre algo similar respecto a la cota en la que se ubican. De esta manera los podremos observar desde una altura en torno a los 850 m, como en el caso de Oidui, hasta los casi 1.350 m del conjunto de Uarrain. La única excepción viene representada por el túmulo de Labaien, que se localiza a tan sólo 600 m de altitud, si bien en este caso prevalecen las cautelas antes señaladas.

Es necesario reseñar que estas estructuras tumulares no aparecen en ningún caso de una manera aislada, sino que se sitúan en las proximidades de parajes que están o que han sido ocupados tradicionalmente por grupos de pastores para su asentamiento desde tiempos pretéritos, y rodeadas, por tanto, de otras estructuras habituales en este tipo de conjuntos o majadas. Tanto es así que en algunas ocasiones su emplazamiento ha sido aprovechado en un momento posterior por otra estructura pastoril, deformando la precedente (Uarrain 17), o bien construyendo la nueva estructura directamente sobre el túmulo existente (Etitze, Aintzizegi). Estas actuaciones, aparte de ser muy aisladas, parece que en algunos casos se realizaban sin que existiera conciencia de la ocupación pretérita de



FOTO 12. *Túmulo de Akaizbita, situado en un rellano*

ese emplazamiento por sus antepasados, mientras que otras veces se reivindican los vestigios o ruinas de esas majadas como prueba de su antigüedad y su ocupación desde tiempo inmemorial⁵ (Fot. 12).

Por lo constatado hasta ahora, dentro de cada una de las pequeñas agrupaciones que conforman esas complejas majadas pastoriles, no se han podido documentar más que una o dos estructuras tumulares; siendo excepcionales los casos donde ese número es superado, como en el conjunto de Pontoa con cuatro ejemplares o en el de Uelagoena Behealdea. No es raro encontrar estos túmulos asociados a modo de parejas, hasta el punto que en ocasiones resulta muy difícil distinguirlos al haberse prácticamente entremezclado sus correspondientes tierras, dando la impresión que nos encontramos ante una sola estructura tumular. No sabemos si estas hay que interpretarlas como estructuras independientes que han tenido la misma funcionalidad o bien como complementarias, quizás de distinto uso.

Finalmente, otro de los aspectos en los que vienen a coincidir algunos de estos túmulos es en la presencia de otras estructuras de carácter no tumular adosadas a las mismas, conformando clara-

⁵ La práctica de reivindicar la propiedad de los seles a través de la presencia de los restos de antiguas construcciones abandonadas será una práctica muy habitual en los numerosos pleitos en los que se enzarzarán las

distintas entidades o particulares que tenían intereses en la Sierra, si bien sobre este particular ya profundizaremos en otro próximo artículo.

mente una única unidad. Estas se tratan de recintos con una imagen bastante uniforme, que presentan una planta rectangular formada por unos muretes que apenas sobresalen del suelo, ejecutados con bloques de piedra y cuyo espacio interior aparece ligeramente rehundido y con una menor densidad de piedra. Sus dimensiones son bastante variables, oscilando en torno a los 3-4 m de ancho por 6,50-7 de largo. Al nivel actual de conocimientos de estos conjuntos resulta prácticamente imposible establecer la relación existente entre ambas estructuras. En algunos casos parecen estructuras relacionadas con actividades domésticas o de habitación (Egurral), en otras ocasiones se constata con claridad que ambas son coetáneas, y muy posiblemente complementarias y construidas, presumiblemente, para la recogida o protección del ganado (Oidui, Zulozarrene, Arangoene, Etitzegi, etc.). La cuestión que puede plantearse es si la presencia o no de estas estructuras adosadas pudiera tener relación con algún tipo de actividad (ordeño, custodia) relacionada con determinada especie animal (¿ovino?).

5. EL PROCESO DE FORMACIÓN DE LAS ESTRUCTURAS TUMULARES

En el proceso de formación de los elementos aquí descritos influyen variables de muy diversa índole: intensidad de la utilización; frecuencia en la renovación de la cabaña (caídas por inclemencias meteorológicas); las decisiones personales durante la construcción, etc. Entre ellas el factor tiempo es el elemento más determinante, el que juega un papel fundamental. El volumen de esas estructuras, como ya se ha señalado anteriormente, es el resultado de un prolongado proceso de acumulación y, por tanto, está en relación directa con la ocupación ininterrumpida de este mismo emplazamiento durante un largo lapso de tiempo. A este respecto es necesario señalar que esa tradición, la de ocupar un mismo espacio a lo largo de varias generaciones se encuentra aún hoy en día fuertemente arraigada entre aquellos que ocupan esta y otras zonas similares de pastoreo de montaña.

Un aspecto mucho más complicado es el de determinar, o el de cuantificar el período de ocupación de cada una de esas estructuras tumulares. A través de las distintas intervenciones arqueológicas efectuadas se ha podido comprobar como el sedimento del depósito apenas presenta variaciones de relevancia o fases diferenciadas de ocupación, siendo bastante homogéneo en toda su potencia. En las tres estructuras sondeadas (Oidui, Esnaurreta y Arrubi) los resultados han sido muy similares, presentando un relleno con una potencia que rondaba los 35-40 cm. De esas intervenciones se pueden extraer varias conclusiones provisionales:

- La estructura de Oidui 16, en virtud de los distintos materiales aportados presentaba un período de ocupación que rondaba, siempre aproximadamente, el medio siglo o quizás algo más.
- La estructura de Esnaurreta 21 aportó dos fechas. Una de ellas procedente de los carbones tomados a unos 15-20 cm de profundidad de la superficie y que fueron fechados en 1.080 ± 40 BP, y la otra muestra (fauna) fue tomada aproximadamente en la base de la estructura, ofreciendo una datación de 1.340 ± 40 BP. En virtud de ello se puede señalar, de forma provisional, que esta estructura se pudo formar en un intervalo de tiempo que ronda aproximadamente un siglo o a lo máximo dos.
- La estructura de Arrubi 3 ofreció una datación de 1.440 ± 100 BP, con una muestra de carbón tomada a unos 15-20 cm de la superficie. Está por concretar la fecha de su base por lo que por ahora no podemos determinar el período provisional de ocupación.

En el caso de poder establecer una correlación directa entre esas dataciones y la potencia del depósito arqueológico documentado se podrían llegar a plantear una serie de pautas que nos permitirían delimitar más estrictamente el período de uso o formación de estas estructuras tumulares extrapolando los datos a las proporciones aproximadas de las otras estructuras sobre las que se dispone de algún dato cronológico. De todas formas para obtener conclusiones más determinantes sería necesario llevar a cabo un muestreo más amplio que el efectuado. Lo que sí se deduce del análisis provisional de esas dataciones es que el proceso de formación o de acumulación de tierra, en esas estructuras es bastante prolongado.

El otro aspecto a tener en cuenta está relacionado con la provisionalidad de la ocupación de estas estructuras. Las características específicas de la actividad pastoril de estos pastos de altura hace que su estancia no sea continúa —permanente—, sino estacional, por lo que la ocupación de las cabañas tendrá lugar únicamente durante un período de tiempo restringido del año. En el caso concreto de Aralar, similar por otra parte al resto de los ámbitos montañosos de estas latitudes, esta permanencia se alarga desde principios del mes de mayo hasta finales de noviembre, es decir durante aproximadamente siete meses. Durante los restantes meses del año las condiciones climático-ambientales impuestas por el invierno hacen muy difícil, sino imposible, la permanencia en estos pastos. A resultas de ello se produce el abandono de las estructuras allí construidas y su lógico proceso de deterioro.

Tomando como base estas variables previas, la secuencia estratigráfica de estos túmulos estaría constituida inicialmente por una sucesión teórica de dos tipos diferenciados de horizontes arqueológicos, los que representan a cada una de las diferentes fases de ocupación cubiertos por otros de abandono y deterioro de la estructura. La realidad arqueológica ofrecida por las distintas estructuras sondeadas no permite, sin embargo, llevar a cabo tal delimitación, resultando en la práctica imposible diferenciar esas distintas fases, ya que cada año no se da un proceso de acumulación de sedimento de tanta importancia como para ello. Puede afirmarse que en los casos en el que se dieran condiciones excepcionales (abandonos prolongados del emplazamiento y posterior reocupación del mismo), sí que podría llegar a definirse un horizonte arqueológicamente fértil que estaría constituido por varias fases de ocupación y desocupación y un horizonte de reacondicionamiento que cubriría al primero y sobre el que se iniciaría una nueva fase de ocupación-abandono. Los horizontes de reacondicionamiento serían estériles desde el punto de vista arqueológico, aunque ocasionalmente pudieran aportar restos como resultado de mezclas, intrusiones o migraciones de materiales desde el horizonte de habitación como consecuencia de los propios trabajos de ejecución. Es decir, estas estructuras tumulares estarían compuestas por una sucesión de aportes artificiales de piedra menuda manipulada y triturada por parte de los pastores con el objetivo de conformar una solera más o menos regular. A ellos se le uniría también un aporte de tierra u otras posibles materias orgánicas (helechos, hojarasca, brezo, ramas, etc.) que se iba infiltrando progresivamente de forma involuntaria (acarreado con los pies, procedente de los techos de tepe que caían durante los inviernos, etc.), o bien de forma voluntaria, con el objetivo de mejorar el área de habitación.

Las fases de habitación, propiamente dichas, se caracterizarían por la presencia de un sedimento de tierra muy oscura, con mucha piedrecilla o cantos de reducido tamaño y abundantes carbones, así como restos derivados de la ocupación humana (fauna, sílex, fragmentos cerámicos o metálicos, cenizas). Muchas de estas evidencias presentan trazas claras de rubefacción, de haber estado sometidas a la acción directa de un fuego u hogar. En relación directa con este aspecto, en un sector concreto de la estructura tumular de Arrubi, se pudo documentar una fina capa más o menos regular de una tonalidad y consistencia diferente a la de la matriz de tierra, con un color gris-blancuecino

debido a la abundante presencia de un componente similar a la ceniza aunque entremezclado con tierra. Este elemento parece relacionarse con un posible hogar, aunque lamentablemente lo reducido del espacio y la carencia de otros referentes físicos (bloques delimitando el hogar, etc.) impiden concluir nada al respecto.

A estos restos habría que añadir otros elementos de carácter más específicamente constructivo, como pudieran ser agujeros de postes, cuñas o similares. Un ejemplo de éstos fue parcialmente identificado en la intervención de la estructura de Oidui, aunque el deficiente estado de conservación de los mismos impide realizar mayores apreciaciones. A este nivel, y a falta de intervenciones arqueológicas más extensas, hay que señalar cómo en Iparralde, y más en concreto en las estructuras tumulares de Igelu, P. Boucher ya pudo certificar la presencia de varios agujeros de poste que pudieron haber pertenecido a la estructura o cabaña construida sobre ellos. Lamentablemente, los resultados de esta actuación se encuentran inéditos no pudiendo aportar mayores concreciones al respecto (Blot, J.: 1993, 219).

Las fases de reacondicionamiento se corresponderían, por su parte, con aquellos momentos en los que tras derrumbarse la techumbre o cubierta por fenómenos meteorológicos (nieves en invierno, temporales de viento sur) u otras causas (incendio, deterioro o simplemente degradación) se procede a la reconstrucción parcial o total de la vivienda. En estos casos, al comienzo de cada temporada de estancia en los pastos, el pastor reconstruye la que será su residencia durante los próximos meses, reaprovechando evidentemente todo lo que le fuera aún útil de la cabaña anterior⁶. El resto, entre lo que se incluirían los elementos vegetales de la cubierta (helechos, etc.) y parte de la tierra de los tepes caería sobre el suelo de habitación conformando una pequeña capa más arcillosa, menos orgánica, y aparentemente sin interés desde el punto de vista arqueológico. Al parecer sobre dicho suelo se arrojaría otra capa de piedras de pequeño tamaño y de una potencia variable destinada fundamentalmente a acondicionar un suelo que les aislase suficientemente de la humedad del propio terreno y que además permitiera la filtración del agua de las eventuales goteras. La habitación se realizaría sobre este último suelo, produciéndose una migración de arriba abajo de la materia orgánica y de los materiales arqueológicos (carbón, huesos, cerámica, etc.) durante los trabajos anuales de acondicionamiento de la estructura; pudiéndose producir asimismo intrusiones entre esos diferentes niveles a raíz de la propia remoción del terreno. La ocupación continuada de esos mismos puntos dará lugar, pues, a los presentes túmulos.

Una vez planteada la hipótesis sobre el proceso de conformación de estas estructuras tumulares resultan absolutamente clarificadoras las palabras expresadas por J. M. Barandiaran en relación a este tipo de estructuras, u otras de características muy similares:

«Si Murko es el nombre de un montículo dolménico de Beotegi (Meotegiko murkoa) en Ataun, morkuelo y morcuero tiene también sentido de montículo en otros sitios. Pero tales montículos no siempre son túmulos prehistóricos; muchas veces tienen otra significación y otro origen. Tal es el caso de los majanos que los labradores forman en las orillas de las heredades con los cantos que recogen para limpiar sus tierras, y de los montecillos que pululan en algunas zonas pastoriles del país. Estos

⁶ En la majada de Oidui aún se conserva alguna cabaña edificada al modo tradicional, con techumbre de helecho y ramas. Uno de los pastores que ocupa esa majada durante prácticamente toda su vida (Juan «Kaxkagorri») nos señaló que periódicamente, cada dos o tres años

aproximadamente, debe proceder a reforzar la cubierta de esa txabola acarreado para ello nuevos manojos de helecho y ramas (fresno) para restituir las deterioradas. El espesor de estas cubiertas puede llegar a alcanzar el medio metro, siendo sujeta mediante ramas y algunas piedras.

últimos abundan en las sierras de Urbasa y de Andía, en los montes de Roncal, de Areta, etc. El pastor de las cañadas que subía de la Ribera a los pastizales de altura permanecía poco tiempo en un paraje. Por eso al albergue que construía para su cobijo en cada lugar con unos palos y tepes solía ser muy endeble. El año siguiente hallaba su choza caída. Construía otra sobre las ruinas de la anterior. Así año tras año. Con el tiempo se formaba allí un montículo de considerable altura que semejava un túmulo de tumba prehistórica» (Barandiaran, J. M.: 1972, 176).

Mucho más complicado resulta reconstruir la posible imagen que pudieran tener las chabolas dispuestas sobre esos túmulos. Las descripciones ofrecidas por la documentación son bastante parcas en cuanto a detalles se refiere, pero coinciden eso sí, en un hecho: la provisionalidad y sencillez de esas estructuras de habitación. Este aspecto está ampliamente documentado tanto en la Sierra de Aralar como en la vecina de Aizkorri, y a ese nivel la legislación vigente en la época era bastante estricta. Un ejemplo claro lo ofrece una tardía Concordia establecida en el año 1749 entre las poblaciones que conforman la antigua Parzonería de Altzania, señalándose expresamente la total prohibición a los pastores de llevar a cabo asentamientos estables; entendiéndose éstos como construcciones de cierta envergadura. Sus chozas y chabolas deberán estar construidas necesariamente con materiales vegetales perecederos (haya, fresnos, espinos, etc.), y por tanto tendrán en todo momento un carácter provisional (Urzainqui, A.: 1990, 222-223). En la misma Sierra de Aralar las construcciones tendrán una apariencia muy similar, y a modo de ejemplo cabe señalar como la introducción de las tejas cerámicas para las cubiertas de las chabolas será un fenómeno que no tendrá lugar hasta finales del siglo XIX. De esta manera, cada año, al comienzo de cada temporada de estancia en estos pastizales los pastores procederán unas veces a una simple remoción y en otras a la reconstrucción parcial o total de la misma chabola ocupada en el año anterior, empleando los materiales que le proporcionaba su entorno más inmediato y contando para ello con los privilegios propios de estas mancomunidades para la extracción con plena libertad de esos materiales. Este particular nos pone nuevamente en evidencia la fragilidad de estas construcciones pastoriles, y por ende la suma dificultad de conocer su posible imagen.

De todas formas, y a pesar de los problemas señalados, puede aventurarse una posible reconstrucción de estas chabolas. Un acercamiento adecuado a esta problemática ya fue realizado para unos fondos de chabola tumulares idénticos a los nuestros y localizados en el extremo del Pirineo Occidental, en las provincias de Zuberoa, Behenafarroa y Lapurdi (Blot, J.: 1993, 36). Teniendo en cuenta las dimensiones de estos túmulos, y en particular de su plataforma superior, las chabolas no debieron de ser de gran tamaño. Estarían presumiblemente compuestas por una serie de postes de madera entrelazados que conformaban una construcción de forma triangular con una cubierta a dos aguas ejecutada con elementos vegetales (tepe, helecho, ramaje) sujetos con cuerdas o similares, y en algunos casos con clavos, como parece deducirse de los restos arqueológicos localizados hasta el momento. Este sistema constructivo, con las lógicas diferencias (incorporación de nuevos materiales), todavía siguen empleándose en muchas partes de nuestro territorio debido a la extrema sencillez de su estructura, e incluso en la misma Sierra de Aralar aún hoy en día pueden observarse algunas construcciones construidas al estilo tradicional y que conservan su cubierta de tepe.

De todas maneras, esta somera descripción del proceso de formación de estos fondos de chabola tumulares plantea algunos interrogantes de difícil resolución por ahora. De un lado, los túmulos estudiados en la Sierra de Aralar han sido localizados únicamente en zonas donde predominan los materiales calizos, mientras que no conocemos ejemplos similares en las vecinas zonas de areniscas (por ejemplo, en el sector Lizarrusti-Etxegarate). Ello puede ser debido a una

prospección insuficiente, o quizás a que el pastoreo tuvo características diferentes en estos otros sectores, o simplemente a que el sedimento de esta zona es menos arcilloso, más arenoso y, por tanto, el drenaje es mucho mejor y no necesitaría ejecutar estructuras de estas características. En otros entornos montañosos pirenaicos de litología diferente, como ocurre con los casos estudiados por Boucher y Blot, o en sierras calizas como las de Urbasa o Andia, sí se han podido identificar estructuras tumulares similares a las aquí descritas. Este aspecto concreto necesita evidentemente de unos estudios comparativos más profundos sobre otros medios de montaña para poder aclararlo.

Otro aspecto que plantea ciertas incógnitas es el de los criterios utilizados en la selección de los emplazamientos donde se sitúan esas estructuras tumulares, y los condicionantes que inciden en ello. Entre estos podemos suponer que existen algunos que priman más que otros (protección del fuerte viento sur; áreas bien aireadas y soleadas; áreas bien drenadas etc.). En este proceso de selección de emplazamientos hay que tener en consideración la incidencia de otros aspectos, y en especial aquellos referentes a las modificaciones experimentadas por el propio paisaje a consecuencia de la intervención humana (desaparición del arbolado, etc.). La observación y comparación entre la distribución de estas estructuras y de otras coetáneas pero de distinta tipología, indica que no existen diferencias de relevancia, manteniéndose unos criterios similares.

A pesar de esta constancia en la ocupación del mismo espacio sí que se ha observado una cierta movilidad del emplazamiento a pequeña escala, la cual se aprecia en el traslado de las chabolas empleadas por esos pastores de un punto a otro dentro de la misma majada. El análisis detallado de las actuales majadas pastoriles nos ha permitido concluir que, por paradójico que actualmente nos pudiera resultar, esos pastores rara vez edifican su chabola de nueva planta sobre los restos de otra anterior (salvo en épocas recientes, en los que si se modifican las paredes de la chabola, ampliándolas en longitud o en altura), sino que se desplazan algunos metros para levantarla, aprovechando seguramente buena parte de los materiales de la anterior, sobre todo en el caso de tratarse de piedra⁷. Este hecho parece tener lugar en momentos muy específicos, tras el abandono de esos emplazamientos por un período prolongado de tiempo y su posterior reocupación por otro pastor. Este particular se ha podido apreciar de una manera muy clara en el caso de las presentes estructuras tumulares, donde sólo en muy contados casos se ha aprovechado el túmulo para habilitar sobre él alguna otra estructura como en Etitze, Etzaal, Uarrain (Fot. 13). Estos traslados a corta distancia presentan una gran complejidad a la hora de establecer su secuencia cronológica y los posibles factores que inciden en su realización: cambios generacionales en el desempeño del oficio; la venta del rebaño de un pastor a otro, ya que la tradición marca muy claramente que es este último —el rebaño— el usufructuario último del terreno y no el pastor por raro que nos pudiera parecer; con cambios en la preeminencia de una cabaña ganadera sobre otra; con cambios en los estilos de construcción, en los modelos empleados para levantar esas chabolas desde sencillas estructuras ejecutadas con materiales vegetales a otras con base de piedra y estructura de madera, hasta llegar a las actuales construcciones totalmente de piedra o cemento y teja.

⁷ En otros contextos de montaña donde se han llevado trabajos intensivos de prospección, como por ejemplo la comarca pirenaica de la Cerdeña, los trabajos arqueológicos han permitido documentar procesos similares al

descrito, si bien también se ha podido constatar como más constante la amplia perduración de la ocupación sobre las mismas cabañas, las cuales se van reconstruyendo sobre el mismo emplazamiento (Rendu, Ch. 2003, 13).



FOTO 13. *Túmulo de Etitze con una estructura superpuesta sobre ella*

6. CRONOLOGÍA

Una vez observadas las características formales y el proceso de formación de estos fondos de chabola tumulares resulta necesario dar un paso más y establecer los límites cronológicos de su utilización.

A este nivel la documentación escrita es sumamente avara en datos, y no nos ofrece referencia alguna sobre la existencia de estas construcciones. Del mismo modo el material arqueológico recogido en las intervenciones arqueológicas efectuadas no nos ha permitido realizar más que un acercamiento aproximado a este aspecto cronológico, debido fundamentalmente a su escasez y su escasa relevancia tipológica (especialmente en los casos de Arrubi y Esnaurreta).

Ante estas circunstancias, se ha procedido a realizar una serie de pequeñas catas en varios de estos túmulos con el objetivo de obtener una cantidad suficiente de carbón como para proceder a su datación mediante C14 en los laboratorios de la Universidad de Groningen (Holanda) y así fechar estas estructuras. Ello, lógicamente, conlleva una serie de problemas, puesto que los carbones recogidos corresponden únicamente a aquellos dispuestos más superficialmente, a profundidades en torno a los 15-20 cm, por lo que han de relacionarse con los últimos momentos de ocupación de estas chabolas. Por otra parte, no puede descartarse que se hubiera producido además un posible

rejuvenecimiento de las fechas por haber sido recogidos muy próximos a la superficie. A continuación se exponen las dataciones obtenidas y su calibración⁸.

Laboratorio	Muestra	Yacimiento	Datación BP	Cal. 68,2% probabl.	Cal. 95,4% probabl.
GrN-27298	Carbón	Arrubi 3	1440±100	530-680 (58,7%) AD	390-780 (95,4%) AD
GrN-26930	Carbón	Uela Ip. 31	1240±50	680-830 (60,1%) AD	660-890 (95,4%) AD
GrN-28794	Hueso	Esnaurreta 21	1340±40	640-700 (57,3%) AD	630-780 (95,4%) AD
GrN-25192	Carbón	Esnaurreta 21	1080±40	940-1020 (51,0%) AD	880-1030 (95,4%) AD
GrN-27300	Carbón	Zain 3	1100±80	870-1030 (65,7%) AD	760-1050 (89,1%) AD
GrN-27299	Carbón	Egurral 1	1070±50	940-1020 (53,1%) AD	860-1050 (94,3%) AD
GrN-29255	Carbón	Uarrain 7	1060±60	890-1030 (68,2%) AD	810-1060 (88,7%) AD
GrN-27297	Carbón	Bilingaratz 34	1040±50	950-1040 (58,1%) AD	880-1050 (86,3%) AD
GrN-29765	Carbón	Egibide 4	900±30	1120-1190 (35,7%) AD	1030-1220 (95,4%) AD
GrN-29254	Carbón	Liztorre Ek. 38	890±35	1150-1210 (39,4%) AD	1030-1220 (95,4%) AD
GrN-29763	Carbón	Aintzizegi 39	870±50	1150-1230 (45,9%) AD	1030-1260 (95,4%) AD
GrA-22851	Carbón	Beltzulegi 21	805±45	1205-1270 (68,2%) AD	1150-1290 (95,4%) AD
GrN-29766	Carbón	Kobakoa 7	770±50	1215-1280 (68,2%) AD	1160-1300 (95,4%) AD
GrA-22854	Carbón	Uelag. Beh. 24	745±40	1240-1290 (64,9%) AD	1210-1300 (93,6%) AD
GrN-29764	Carbón	Etzaal 13	725±20	1265-1285 (68,2%) AD	1260-1295 (95,4%) AD
GrN-29767	Carbón	Uelag. Beh. 26	700±60	1250-1320 (46,1%) AD	1210-1400 (95,4%) AD
GrA-26928	Carbón	Bilingaratz 5	640±70	1340-1400 (37,9%) AD	1260-1430 (95,4%) AD
GrN-24321	Carbón	Liztorre Ek. 25	550±100	1290-1450 (68,2%) AD	1260-1530 (91,4%) AD
GrN-26929	Carbón	Labaien 1	260±40	1630-1670 (34,8%) AD	1490-1690 (77,3%) AD
		Oidui 16	s. XVII-XVIII	XVII-XVIII	

Observando el cuadro anexo podemos llegar a proponer una serie de conclusiones provisionales sobre la cronología de estas estructuras tumulares:

- Las fechas se relacionan estrictamente con un período propiamente histórico, no habiéndose obtenido momentáneamente datación alguna que se remonte a épocas protohistóricas o prehistóricas. Se desconoce, por tanto, si esta tipología de estructuras se remonta a esos períodos, aunque algunas de sus características formales los lleguen a recordar (los empedrados naturales —terrazas— o preparados voluntariamente de algunos lugares de hábitat).

⁸ Las calibraciones se han realizado según Atmospheric data from Reimer et al (2004); OxCal v3.10 Bronk Ramsey (2005).

- Las dataciones apuntan al empleo de este tipo de estructuras durante un prolongado lapso de tiempo, el cual abarca sin interrupción más de un milenio. Un período que abarca desde el siglo VI-VII hasta el XVIII. Si tenemos en cuenta las informaciones proporcionadas por J. M. Barandiaran y J. Blot estas estructuras pudieron perdurar incluso hasta finales del XIX.
- El período de mayor concentración a la hora de su construcción se centra fundamentalmente en un período de escasamente cuatro siglos, comprendidos entre fines del siglo IX y fines del XIII.

Otro aspecto reseñable es la coetaneidad de estas chabolas tumulares con otra tipología diferente de estructuras constructivas con las que aparentemente comparte una misma funcionalidad y sobre todo un mismo marco espacial.

7. CONCLUSIONES

A lo largo de las presentes líneas nuestra intención no ha sido otra que la de traer a colación una serie de estructuras tumulares conocidas por los especialistas, pero que apenas si habían sido merecedoras de tratamiento alguno. De esta manera nos encontramos ante una serie de establecimientos de habitación estrechamente relacionadas con el mundo pastoril, y que como se ha podido comprobar se tratan de antiguos fondos de chabola, que no tiene nada que ver con los túmulos de carácter funerario con los que en frecuentes ocasiones han sido confundidos, y de los que se diferencian claramente en su proceso de formación, composición, etc.

Estos fondos de chabola presentan una cronología de empleo sumamente prolongada, abarcando desde el siglo VI hasta el XVIII, aunque a la luz de las dataciones parece entreverse que su número se redujo de una manera sensible a partir de los siglos XV-XVI; si bien algunos testimonios indican que su construcción se mantuvo incluso hasta el XIX.

Los trabajos arqueológicos se han centrado fundamentalmente en la Sierra de Aralar, pero se tiene constancia que en el pasado estas estructuras estuvieron sumamente difundidas a lo largo de distintos espacios montañosos (Urbasa, Andía, etc.), siendo una realidad muy común y documentada en todos ellos.

Su existencia inicialmente está relacionada directamente con el desarrollo de la actividad ganadera, como sencillo lugar de habitación de aquellos pastores que se encargaron de la custodia de los rebaños que estacionalmente ascendían a pastar a la Sierra. La duda se nos plantea a la hora de establecer si existe o no una relación entre estas estructuras tumulares con algún tipo de específico de cabaña ganadera. Esta hipótesis, novedosa en cierto modo, se plantea debido fundamentalmente a los importantes cambios experimentados con el transcurso de los siglos en las pautas de pastoreo de esta área montañosa en particular, y del territorio guipuzcoano en general. Las investigaciones realizadas sobre este aspecto apuntan como las cabañas ganaderas más importantes del territorio han sido tradicionalmente la vacuna y la porcina, y sobre todo la primera de ellas, frente al panorama actual predominantemente ovino (Aragon, A.: 2002)⁹. Este planteamiento supone un cambio importante respecto a las tesis tradicionalmente defendidas, que venían situando a la cabaña ovina en

⁹ Las pautas de pastoreo del ganado porcino establecen un período de estancia en estos montes mucho más reducido, restringido a un período de dos a tres meses (de octubre a diciembre coincidiendo con el período de

abundancia de bellota o hayucos), siendo por tanto su peso específico sobre el conjunto de la cabaña ganadera mucho más reducido.

ese primer y destacado plano, fruto quizás de la errónea extrapolación al pasado de una situación actual. En esos momentos la cabaña ovina parece que quedaba restringida al ámbito más familiar, al entorno directo del caserío y a sus alrededores, extendiéndose también su presencia a las áreas periféricas de estas sierras, aunque siempre dando prioridad a las cabañas vacuna y porcina. Es posible también que la presencia de ovicaprinos fuese cuantitativamente más importante en zonas de laderas abruptas o deforestadas. El proceso de expansión de la cabaña ovina a los entornos montañosos, como este de Aralar, desplazando a las especies predominantes hasta entonces, no tendrá lugar hasta el siglo XVIII. Su crecimiento viene estrechamente relacionado con el fuerte retroceso experimentado por el bosque y los cambios experimentados en la explotación de esos recursos silvo-pastoriles. Además de ello es posible que otros factores también contribuyeran, y en su medida aceleraran, ese proceso de cambio, como el progresivo descenso de las especies salvajes (lobos, osos, lince), que acechaban al ganado doméstico, favorecido por los sustanciosos premios abonados a los alimañeros encargados de su captura y la mayor proliferación de las armas de fuego; unas armas que según la tradición fueron también las que hicieron desaparecer a las brujas. Hay que señalar que los daños producidos sobre el ganado lanar serían mayores que las que pudieran provocar sobre el ganado porcino o vacuno. A este respecto resulta sumamente clarificador un texto presentado ante las Juntas Generales de Gipuzkoa en el año 1799:

«Ciertamente, Señor, en tiempo pasado era mas la abundancia del ganado Bacuno, que el del Obejuno en el distrito de vuestra señoría, a causa de ser sus pastos mas a proposito para la manutencion del primero por reducirse sus terminos, y Montes a Bosques, y estar muy poblado de Arboles; por cuyo motivo, no era posible sustentar el numero de Obejuno, que en el dia se encuentra» (Aragon, A. 2002, 273).

En las intervenciones arqueológicas efectuadas (Esnaurreta, Arrubi y Oidui) este aspecto ha quedado patente de una manera bastante clara, al menos si prestamos atención a la composición de los restos faunísticos recogidos¹⁰. En ellos, a pesar del escaso número de evidencias recogidas, podemos señalar que se observan situaciones distintas entre los datos proporcionados por los túmulos de Esnaurreta y Arrubi, ambos de la Alta Edad Media, frente a los del Oidui (siglos XVII-XVIII). En los yacimientos más antiguos predomina de forma neta el ganado vacuno, acompañado por proporciones residuales de oveja o cerdo según el caso, mientras que en Oidui lo hace la oveja, estando ausente el ganado vacuno y representado de forma residual el cerdo. No obstante, habría que tener en cuenta las situaciones particulares que pudieron darse, por la orografía de la zona donde se ubica el emplazamiento del pastor o como el caso de aquellos pastores, a veces procedentes de territorios alejados, dedicados exclusivamente a la guarda del ganado porcino (Moraza, A.: 2005).

De esta manera es este aspecto concreto, y aparentemente sin relación muy directa —el cambio del predominio de un tipo de ganadería a otro—, es donde podrían encontrarse las claves que explicarían las características, perduración y desaparición de estas estructuras tumulares. Las características de la explotación pastoril de la Sierra de Aralar son distintas en función del tipo de ganadería dominante, de los propios usos y aprovechamientos particulares del espacio, puesto que las necesidades específicas de cada una de las especies son distintas. Estos cambios tendrían también su reflejo en las propias construcciones de cada tipo de pastor, tanto en las de explotación como, quizás, en las de residencia. Aquel dedicado a la custodia del ganado vacuno, y en menor medida del porcino, tiende a ejecutar estructuras de explotación de carácter más colectiva que el ovejero, que

¹⁰ Queremos agradecer a Pedro M.^a Castaños su amabilidad por adelantarnos estos datos.

es más individualista. El primero ubica su chabola(s) junto a recintos de gran tamaño, más amplios y ejecutados presumiblemente con materiales más endebles o perecederos (madera, cerramientos de espinos, etc.) de los que, por lo general, no queda en la actualidad apenas constancia, salvo que dichos recintos fuesen reforzados con muretes de piedra seca en su base. El segundo, el pastor de ovejas, tiene la necesidad de ejecutar una red más compleja de estructuras que simula a pequeños centros productivos que comprenden desde su propia residencia hasta las estancias dedicadas a almacén o a la fabricación de quesos, todo ello sin olvidar otra serie de construcciones de menor envergadura destinadas al ordeño, recogida y protección del ganado. Estas estructuras serán, por lo general, de un tamaño discreto, y construidas mediante muros de piedra en seco que favorecerán el desarrollo de una actividad de cantería rústica para la ejecución de las mismas. Junto a ellas se pueden apreciar también otra serie de recintos de gran envergadura, a veces de más de metro y medio de altura, destinadas a la salvaguarda de pequeñas huertas o *baratzak* complementarias a la labor de pastoreo. Los cambios referidos de unas construcciones mayormente ejecutadas con materiales perecederos hacia otras de formas más variada se pueden apreciar aún en la Sierra, pero pueden estar fundamentados también en razones externas relacionadas con el mismo entorno donde se desarrolla su actividad, y en concreto con el cambio físico experimentado por estos entornos montañosos por efecto de la progresiva deforestación que afecta a la zona, la cual pudo ser consecuencia directa de la difusión masiva del ganado ovino o viceversa¹¹.

Llegados a este punto y observando las estructuras actualmente identificables en estos pastos de altura puede afirmarse que la mayoría de los recintos pastoriles relacionados directamente con la explotación ganadera son de construcción relativamente reciente, y más concretamente ligados a la actividad del pastoreo de ovejas. Se plantea lógicamente la incógnita sobre el modo de distinguir, si es que es posible o realmente si existiera esa diferencia, las estructuras, tanto de residencia como de explotación, generadas por los pastores de ovejas de las de los ganaderos de vacuno y porcino, mayoritarios en otras épocas. Teniendo en cuenta el actual nivel de conocimientos existente sobre el poblamiento pastoril resulta sumamente complicado llegar a conclusiones claras a este respecto. Las estructuras tumulares como las aquí descritas, algunas veces, disponen adosada o junto a ella algún tipo de estructura apropiada para su utilización como redil por algún tipo de cabaña (¿ovina?) (Oidui, Egurrall?, Etitzegi, Uarrain, Gañeta, etc.), pero aún así, el que la dispone no tiene porque relacionarse exclusivamente con ese tipo de ganadería puesto que los «vaqueros» o «porqueros» también tenían algunas cabezas de ganado ovino. Ello podría explicar la presencia de una serie de recintos más o menos rectangulares junto a estas estructuras tumulares, tal y como anteriormente hemos descrito. Es posible que la excavación en extensión de este tipo de estructuras ofrezca pistas al respecto.

Momentáneamente, y en base a los datos disponibles (ya escritos ya arqueológicos) parece posible relacionar estas estructuras tumulares con el desarrollo de la actividad ganadera, y en especial, la mayoría con la custodia de rebaños de vacas. Un hecho que refuerza esta hipótesis viene ofrecido asimismo por ese referido cambio experimentado en la predominio histórico de una cabaña frente a la otra, con la transición de un porcentaje de ganado vacuno-porcino hacia otro mayoritariamente

¹¹ Los pastores que anualmente subían a la Sierra disfrutaron tradicionalmente de plena libertad para el consumo de madera, tanto con destino a la ejecución de sus construcciones veraniegas como para abastecer a sus pequeños fuegos u hogares. Esta práctica se mantuvo sin excesivos cambios hasta el siglo XVIII. La difusión por esas mismas fechas del pastoreo ovino, necesitado de despejar mayores parcelas de terreno para su conversión

en pastizales, incidió globalmente de una manera muy negativa sobre ese panorama. A ello habría que añadir el importante impacto provocado por el comienzo de la explotación de las minas de la zona de Arritzaga y la autorización también para poder reducir a carbón los amplios hayedos existentes en detrimento de sus usos tradicionales (remos para la Armada, duelas para las barricas, empuñaduras para las armas blancas y de fuego, etc.).

ovino, un hecho que tiene lugar precisamente en el mismo momento histórico en el que aparentemente desaparecen o disminuyen de nuestro panorama estas estructuras tumulares, el siglo XVIII. Esta circunstancia quizás sea fruto de la coincidencia, pero sin embargo es posible que ahí se encuentre la clave que explique su repentina desaparición. De todas formas no pueden desdeñarse otras posibles interpretaciones, puesto que no es menos cierto que coetáneamente a esas chabolas tumulares se erigieron también otro tipo de estructuras de habitación con unas características formales completamente diferentes (recintos más o menos rectangulares con un sencillo basamento de piedra, complejas formaciones de recintos adosados entre si, etc.). Las presentes labores de inventariado y prospección nos están permitiendo generar un nivel básico de conocimientos sobre estos modelos de pastoreo y sus específicas características, sobre el que en próximas fechas volveremos a incidir con mayor amplitud.

De todas formas, la presencia de estas estructuras tumulares plantea una serie de incógnitas de difícil resolución. Estos fondos de chabola no se corresponden con el tipo más habitual de construcción pastoril en época histórica, entonces ¿cuál fue la razón de originarse este tipo de construcción, sustituyendo al menos en parte a las anteriores —cuyas características no conocemos—? La amplia cronología de estas estructuras, con más de un milenio de perduración, no contribuye en modo alguno a la explicación del fenómeno. Su aparente expansión a partir de un momento dado (siglos X-XIII) podría interpretarse como parte de un renacimiento, de una coyuntura general socioeconómica mucho más favorable que afecta al conjunto del continente europeo y que favorece el relanzamiento de la Sociedad en general. Ello supondrá un panorama económico mucho más complejo, en el caso concreto guipuzcoano, que afectará también a la ganadería, favoreciendo una labor mucho más intensiva. De igual manera el cierre de ese período puede venir explicado a través de ciertos acontecimientos que tienen lugar como escenario este concreto entorno montañoso, y los cuales están relacionados con el clima de conflictividad que se abre entre las autoridades castellanas y navarras a partir del año 1200 convirtiendo a Aralar en un auténtico campo de batalla¹².

Otra problemática que resta por resolver es el ámbito de difusión de estas estructuras, ya que hasta el momento estos túmulos únicamente han podido ser documentados exclusivamente en estos espacios de montaña. Estas circunstancias plantean la posibilidad de que sean exclusivas de estas concretas áreas, adoptadas como una solución específica para un medio geográfico particular y para individuos o grupos muy reducidos que construyen un establecimiento de habitación provisional. Es necesario tener en cuenta que estacionalmente estos pastores tenían que abandonar estos espacios y buscar nuevos pastos en parajes situados a cotas menores, donde por ahora no se han podido localizar estructuras de este tipo. Esta ausencia pudiera ser explicada de diversas maneras, pero creemos que su desaparición, estaría en relación con un mayor grado de antropización (intensivo uso agropecuario, reutilizaciones sucesivas de los elementos constructivos, etc.), además de la falta de prospecciones. Sin embargo, también es muy probable que las estructuras construidas aquí tuvieran unas características muy diferentes por acoger a un mayor número de personas y ser grupos estables. A este nivel cabría plantearse la relación existente, si es que la hubo, entre estos túmulos y las chabolas o protocaseríos localizados en los valles a media ladera, como el ejemplo de Igartubeiti (Ezkió) (Santana, A. *et alii*: 2003).

¹² La documentación navarra de la época presenta una amplia relación de incursiones y contraincursiones que tuvieron precisamente como escenario la Sierra de Aralar y en las cuales se hace referencia al robo de grandes partidas de ganado (vacas y cerdos) durante

un período que se extiende desde al menos mediados del siglo XIII hasta principios del XV. En ocasiones se habla incluso de auténticas batallas campales entre guipuzcoanos y navarros, como la ocurrida en el año 1309 «*in vertice montis de Aralar*».

En la actualidad, el estudio y análisis del patrimonio pastoril está adquiriendo un papel cada vez más importante a la hora de interpretar determinados procesos históricos, proliferando los trabajos que se están acercando a esta temática. La investigación, no obstante, se está encontrando con numerosos problemas a la hora de interpretar los restos constructivos existentes. En buena parte de estas sierras se han ido efectuando inventarios más o menos minuciosos de esos restos constructivos, pero esa labor es a todas luces insuficiente debido a la escasa variabilidad morfológica que presentan estas estructuras. Es, pues, que una vez llegados a este nivel cuando se plantea la necesidad de efectuar intervenciones arqueológicas sistemáticas en estas estructuras como única alternativa para su correcta interpretación. Ante estas circunstancias se nos están abriendo nuevas e interesantes líneas de investigación, siendo aún muchas las incógnitas que quedan sin respuesta para mejor comprender un medio natural que antaño tuvo tanta importancia en el desarrollo de los grupos humanos y que ahora juega un papel marginal.

A. MORAZA BAREA
Sociedad de Ciencias Aranzadi
Alto de Zorroaga 11
20014. Donostia-San Sebastián
(Gipuzkoa)

J. A. MUJICA ALUSTIZA
Grupo de Investigación 9/UPV0015.130-14570/2002
Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología
Facultad de Filología, Geografía e Historia
Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea
c/ Tomás y Valiente s/n
01006 Vitoria-Gasteiz (Álava)

BIBLIOGRAFIA

- AGIRRE, J.; MORAZA, A., MUJICA, J. A. y OLAZABAL, A., 1999, *Idiazabalgo trikuharriak*, Beasain: Idiazabalgo Udala.
- AGIRRE, J.; MORAZA, A.; MUJICA, J. A.; REPARAZ, X. y TELLERÍA, E., 2004, «Sondeos en la Sierra de Aralar (Ataun, Mancomunidad de Enirio-Aralar)», *Arkeoikuska* 03, 132-137, Vitoria/Gasteiz: Eusko Jaurlaritzia.
- , (e. p.) «El poblamiento pastoril de montaña: los fondos de cabaña tumulares de Esnaurreta y Oidui en la Sierra de Aralar (Gipuzkoa)», *IV Congreso de Arqueología Peninsular* (Faro, 2004).
- AGIRRE, J. e IBAÑEZ, A., 1998, «San Esteban de Laskoain. Área urbana R-23 (Tolosa)», *Arkeoikuska* 97, 343-345, Vitoria/Gasteiz: Eusko Jaurlaritzia.
- ALTUNA, J.; ARMENDARIZ, A.; BARRIO, L.; MARIEZKURRENA, K.; PEÑALVER, J. y ZUMALABE, F. J., 1990, *Gipuzkoa. Carta Arqueológica: I. Megalitos*. [Munibe. Suplemento n.º 7.], Donostia-San Sebastián: Sociedad de Ciencias Aranzadi.
- ALTUNA, J.; BALDEON, A. y MARIEZKURRENA, K., 1990, *La cueva de Amalda (Zestoa, País Vasco). Ocupaciones paleolíticas y postpaleolíticas*, San Sebastián: Eusko Ikaskuntza.
- ARAGÓN, A., 2002, «Trashumancia “media”, entre las sierras interiores y la costa guipuzcoanas, ¿desde tiempo inmemorial?», *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País LVIII-2*, 255-283, Donostia-San Sebastián: Real Sociedad Bascongada de Amigos del País.
- ARANZADI, T.; BARANDIARAN, J. M. y EGUREN, E., 1919, *Exploración de nueve dólmenes del Aralar guipuzcoano*. 51 pág., Donostia-San Sebastián: Diputación Foral de Gipuzkoa.
- , 1924, *Exploración de ocho dólmenes de la Sierra de Aralar*. 45 pág., Donostia-San Sebastián: Diputación Foral de Gipuzkoa.
- BARANDIARÁN, I. y VEGAS, J. I., 1990, *Los grupos humanos en la prehistoria de Encia-Urba*, Donostia-San Sebastián: Eusko Ikaskuntza.
- BARANDIARÁN, J. M., 1972, *Diccionario Ilustrado de Mitología Vasca. Obras Completas I*, Bilbao: La Gran Enciclopedia Vasca.
- BLOT, J., 1993, *Euskal Herria. Mendiak eta Historiaurrea*. 241 pág., Donostia-San Sebastián/Baiona: Elkar.
- CAVA, A., 1986, «Un asentamiento neolítico en la Sierra de Urbasa: Urb 11», *Trabajos de Arqueología Navarra* 5, 19-75, Pamplona: Gobierno de Navarra-Institución Príncipe de Viana.

- CIPRÉS, A.; GALILEA, F. y LÓPEZ, L., 1978, «Dólmenes y túmulos de las Sierras de Guibijo y Badaya. Planteamiento para su estudio a la vista de los últimos descubrimientos», *Estudios de Arqueología Alavesa* 9, 65-125, Vitoria/Gasteiz, Diputación Foral de Álava-Instituto Alavés de Arqueología.
- DAVASSE, B.; GALOP, D. y RENDU, C., 1997, «Paysages du Néolithique à nos jours dans les Pyrénées de l'Est d'après l'écologie historique et l'archéologie pastorale», Burnouf, J. *et alli*, *La dynamique des paysages protohistoriques, antiques, médiévaux et modernes*. [XVIIe Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes], 577-599, Sophia Antipolis: Association pour la promotion et la diffusion des connaissances archéologiques.
- GALILEA, F., 1978, «Prospecciones en la Sierra de Bóveda. Hallazgo de algunos campos tumulares», *Estudios de Arqueología Alavesa* 9, 127-140, Vitoria/Gasteiz: Diputación Foral de Álava-Instituto Alavés de Arqueología.
- , 1981, «Inventario y comentarios sobre el hábitat y el fenómeno funerario según prospecciones efectuadas en la Sierra de Entzia (Álava)», *Estudios de Arqueología Alavesa* 10, 187-230, Vitoria/Gasteiz: Diputación Foral de Álava-Instituto Alavés de Arqueología.
- GALOP, D., 1998, *La forêt, l'homme et le troupeau dans les Pyrénées. 6000 ans d'histoire de l'environnement entre Garonne et Méditerranée*, 285 pág., Toulouse: Geode-Framespa.
- GANDIAGA, B.; UGALDE, Tx. y URTEAGA, M.^a M., 1989, «Prospecciones arqueológicas en Urbia (Gipuzkoa), yacimientos catalogados en las campañas de 1988 y 1989», *Kobie (Serie Paleoantropología)* XVIII, 123-166, Bilbao: Diputación Foral de Bizkaia.
- IBÁÑEZ, A., 2003, *Entre Menosca e Ipusca. Arqueología y Territorio en el yacimiento de Santa María La Real de Zarautz (Gipuzkoa)*, Zarautz: Zarautz Arte eta Historia Museoa.
- LÓPEZ, J. C.; BAZETA, F. y GUENAGA, A., 2004, «Ensayo de aplicación de un sistema de determinación dolménica», *Arkeoikuska* 03, 25-35, Vitoria-Gasteiz: Eusko Jaurlaritzia.
- LLANOS, A. y URTEAGA, M.^a M., 2002, «Notas sobre el pastoreo durante la Prehistoria en el País Vasco peninsular», *Estudios de Arqueología Alavesa* 19, 82-95, Vitoria/Gasteiz: Diputación Foral de Álava-Instituto Alavés de Arqueología.
- MORAZA BAREA, A., 2005, «La trashumancia desde el Sistema Ibérico al Pirineo Occidental: el pastoreo de ganado porcino entre la Sierra de Cameros (Soria-La Rioja) y el País Vasco a fines de la Edad Media», *Actes du Congrès International RESOPYR 1 Les ressources naturelles des Pyrénées du Moyen Âge à l'Époque Moderne*, 221-238, Perpignan: Presses Universitaires de Perpignan.
- MORAZA, A.; MORO, I. y MUJICA, J. A., 2003, «Contribución al estudio de las estructuras tumulares en arqueología: entre la similitud morfológica y la disparidad de funciones», *Veleia* 20, 243-273, Vitoria/Gasteiz: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Vitoria/Gasteiz.
- PEÑALVER, X. y MUJICA, J. A., 2003, «Suelo de ocupación magdalenense en la cueva de Praile Aitz I (Deba, Gipuzkoa): evidencias de arte mobiliario», *Veleia* 20, 157-181, Vitoria/Gasteiz: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Vitoria/Gasteiz.
- RENDU, CH.; CAMPMAJO, P.; DAVASSE, B. y GALOP, D., 1994, «Habitat, environnement et systèmes pastoraux en montagne: acquis et perspectives de recherches à partir de l'étude du territoire d'Enveig», *Cultures i Medi de la Prehistoria a l'Edat Mitjana. X^e Colloqui internacional d'arqueologia de Puigcerdà-Homenatge al Professor Jean Guilaine*, 661-673, Puigcerdà: Institut d'Estudis Ceretans.
- RENDU, CH., 2003, *La montagne d'Enveig. Une estive pyrénéenne sans la longue durée*. 606 pág., Canet: Editions Trabucaire.
- SAN JOSÉ, S., 2004, «Sondeos en Altamira (Azkoitia)», *Arkeoikuska* 03, 375-376, Vitoria-Gasteiz: Eusko Jaurlaritzia.
- SANTANA, A.; IZAGIRRE, M.; SAGARZAZU, I.; TORRECILLA, M. J.; AYERZA, R.; CANO, M.; STUDER, G. y TELLABIDE, J., 2003, *Igartubeiti. Gipuzkoako baserri bat. Un caserío guipuzcoano*. 288 pág., Donostia-San Sebastián: Diputación Foral de Gipuzkoa.
- UGALDE, Tx.; URTEAGA, M.^a M. y GANDIAGA, B., 1992-93, «Prospecciones arqueológicas en Urbia: yacimientos catalogados en las Campañas de 1990 y 1991», *Kobie (Serie Paleoantropología)* XX, 57-85, Bilbao: Diputación Foral de Bizkaia.
- URTEAGA, M.^a M., 1989, «Prospecciones en Elola (Aizkorri)», *Arkeoikuska* 88, 52-55, Vitoria/Gasteiz: Eusko Jaurlaritzia.
- URZAINQUI, A., 1990, *Comunidades de montes en Guipuzcoa: Las Parzonerías*. [Cuadernos Universitarios Mundaiz 7], Donostia/San Sebastián: Universidad de Deusto.
- VEGAS, J. I., 1981, «Túmulo-Dolmen de Kurtzebeide en Letona. Memoria de excavación», *Estudios de Arqueología Alavesa* 10, 19-67, Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Álava-Instituto Alavés de Arqueología.
- , 1985a, «Campo tumular de Askain. Izarza (Alava). Memoria de campañas de excavaciones de 1976 a 1978», *Estudios de Arqueología Alavesa* 12, 7-29, Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Álava-Instituto Alavés de Arqueología.

- , 1985b, «Excavaciones en Las Campas de Itaida (Sierra de Encia-Alava)», *Estudios de Arqueología Alavesa* 12, 59-249, Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Alava-Instituto Alavés de Arqueología.
- , 1985c, «Nuevos datos para prehistoria alavesa. Conclusiones de las excavaciones realizadas desde 1976 a 1981», *Estudios de Arqueología Alavesa* 12, 249-263, Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Alava-Instituto Alavés de Arqueología.
- YARRITU, M.^a J. y GORROTXATEGI, X., 1995, «El poblamiento al aire libre durante el Neolítico y el Calcolítico en el Cantábrico Oriental», *Cuadernos de Sección Prehistoria-Arqueología* 6, 199-251, Donostia-San Sebastián: Eusko Ikaskuntza.